

¡Y qué! ¿Tiene algún crimen?
 ¿No lucha por su hogar y por su patria?
 ¿No defiende la tierra en que ha nacido,
 La libertad que el español le arranca?

Cuando á él nos llegamos,
 No sintió nuestros pasos á su espalda,
 Ni demostró sorpresa, al verse solo,
 Rodeado de arcabuces y de adargas.

Por cárcel este pueblo se le ha dado.
 Él ha de respetarla.
 Yo probaré en ese hombre si se encuentra
 Capaz de redención su heroica raza.

¡Qué! ¿Sólo duelo y muerte
 Ha de obtener América de España?
 ¡La sangre de esos hijos del desierto
 Más que el orín deslustra nuestras armas!

— Gonzalo, no te olvides
 De la española sangre derramada,
 Le dijo Doña Luz; esos salvajes
 Hombres no son; la redención cristiana

No alcanza á redimirlos
 Pues para ellos no fué: no tienen alma;
 No son hijos de Adán, no son, Gonzalo;
 Esa estirpe feroz no es raza humana.

.....

XI.

Duermen los indios prisioneros; duermen
 Tendidos en el suelo, como masa
 De bronce que se mueve y que palpita
 Con aliento vital en las entrañas.

Sobre aquellas cabezas que, en los brazos
 Y entre cabellos rígidos descansan,
 No se siente pasar un solo ensueño;
 Nada invisible por los aires anda.

Pero entre el grupo de dormidos cuerpos,
 Despierta una figura se destaca:
 Inmóvil, con los ojos encendidos,
 Clavada en el vacío la mirada.

Las horas, una á una, la encontraron,
 Como una sombra vana:
 La vió la noche, la abrazó el insomnio,
 Y así la halló la claridad del alba.

CANTO TERCERO.

I.

Ahí va... callado, cual lo miran siempre
 Discurrir por el pueblo:
 Extraño, taciturno. *El indio loco*
 Los soldados le llaman; pero, al verlo

Pasar entre ellos pálido, absorbido,
 Lo miran en silencio,
 Lo siguen con los ojos y, mostrándose
 Al salvaje entre sí, dicen ¿Qué es esto?

— ¿Qué dices tú?

— Que es loco rematado

A estar á lo que veo.

— Rematado, bien dicho; ved sus ojos,
 Ese indio tiene barajado el seso.

Blanca lo observa; sigue del charrúa
 Los tristes movimientos;
 Espera la ocasión de ver sus ojos,
 Pues sabe que algo ha de encontrar en ellos.

Pero es en vano: el prisionero pasa
 Sin mirarla jamás, nublado el ceño,
 Y, al cruzar frente á ella, se apresura
 Y se aleja temblando, casi huyendo.

Es que cierra los ojos, y no obstante,
 Ve la imagen de Blanca entre los velos
 De una aurora confusa, imperceptible,
 Que ilumina el nacer de sus recuerdos.

¿Es ella la que flota en su pasado?
 ¿Es la blanca visión de sus ensueños?
 A una mujer tan blanca como aquélla
 Oyó cantar los cánticos maternos.

El indio siente confusión ignota;
 Vacila, tiene miedo;
 Busca á la niña, y huye al encontrarla;
 Huye de la ilusión y del misterio.

III.

Así pasaba Tabaré aquel día
 Frente á la virgen que, con dulce acento,
 ¡Vaya el indio con Dios! ¿Por qué así corre?
 Dijo por fin, ¿le infundo algún recelo?

Él se detuvo, sin alzar la frente,
 Cual llamado á lo lejos;
 Cual si la voz tardara largo espacio
 En ir desde el oído al pensamiento.

Y allí fijo quedó, como tocado
 Por un conjuro; trémulo
 Como el corcel que en su carrera escucha
 El bramido del tigre en el desierto.

Así como una piedra,
 Al fondo del abismo descendiendo,
 Despierta temerosas resonancias,
 Voces lejanas, quejas y lamentos,

La voz de la española
 Descendió al alma del salvaje enfermo,
 Y en ese abismo despertó la vida,
 La queja, el grito del dolor y el tiempo.

El indio alzó la frente; miró á Blanca
 De un modo fijo, iluminado, intenso.
 Había en su actitud indescifrable
 Terror, adoración, reproche, ruego.

IV.

«—¡Tú hablas al indio! ¡Tú, que de las lunas
 Tienes la claridad!
 ¿Por qué lo hieres con tu voz tranquila,
 Tranquila como el canto del *sabiá*?

Si tienes en los ojos, de las lunas
 La transparente luz,
 ¿Por qué tu alma para el indio es negra,
 Negra como las plumas del *urú*?

¿Por qué lo hieres en el alma oscura?
 ¡Deja al indio morir!
 Tú tienes odio negro para el indio,
 Para el triste cacique guaraní ».

Blanca sintió una lágrima en los ojos,
Y una amargura insólita en el pecho:
— Yo no tengo odio para tí, charrúa,
Dijo al cacique, con acento ingenuo.

Las pupilas azules del salvaje
Brillaban asombradas; en sus nervios
Vibraba el alma. Tabaré sentía
El abismo sonar en su cerebro.

Habla por vez primera á la española;
Sus palabras, sin orden ni concierto,
Brotan de entre sus labios, como informe
Tropel de sombras, luces y reflejos:

« — ¡Oh, sí! Yo sé que acechas
Mis horas de dolor;
Sé que remedas alas de jilgueros
Donde yo estoy.

Yo sé que tú el secreto
Conoces de mi sér,
Y sé que tú te escondes en las nieblas...
¡Todo lo sé!

Que gimes en el viento,
Que nadas en la luz,
Que ríes en la risa de las aguas
Del *Iguazú*;

Que miras en las altas
Hogueras de *Tupá*,
Y en las lunas de fuego fugitivas
Que brillan al pasar.

Tú, como el algarrobo,
Sueño das á beber;
Y das la sombra hermosa que envenena
Como el *ahué*.

Yo, temiendo tu sombra,
Tiemblo y huyo de tí,
Y tú en el despertar de mis memorias,
Vas tras de mí.

Mis nervios que eran fuertes,
Fuertes cual *ñandubay*,
Blandos como el retoño más temprano
Del *ombú* están...

No ha pasado una luna
Después que yo te ví;
¡Mira cómo está enfermo el indio bravo
Sólo por tí!»

La súplica, el reproche,
La imprecación, el ruego,
Se sucedían en la voz del indio
Y en su ademán nervioso y altanero;

Él, que se había alejado
Con la frente inclinada sobre el pecho,
Como impulsado por interna fuerza,
Hacia la niña se volvió de nuevo;

La miró un breve espacio,
Y señaló su rostro con el dedo,
Cual si del fondo obscuro de su alma
Envuelto en luz brotara un pensamiento.

« — Era así como tú... blanca y hermosa;
Era así... como tú.
Miraba con tus ojos, y en tu vida
Puso su luz;

Yo la ví sobre el cerro de las sombras
Pálida y sin color;
El indio niño no besó á su madre...
¡No la lloró!

Las avispas de fuego de las nubes,
 Ellas brillaron más;
 Pero el hogar del indio se apagaba,
 Su dulce hogar.

Han pasado más fríos que dos veces
 Mis manos y mis piés...
 Sólo en las horas lentas yo la veo
 Como *cuerpo que fué*.

Hoy vive en tu mirada transparente
 Y en el espacio azul...
 Era así como tú la madre mía,
 Blanca y hermosa... ¡pero no eres tú! »

.....
 Por ocultar el llanto
 Que, sin mojar sus párpados, acerbo
 Como lluvia de hiel, se derramaba
 Y empapaba del indio los recuerdos,

El infeliz charrúa,
 En convulso y mortal desasosiego,
 Se alejaba sombrío, y se volvía
 A la española en ademán violento:

— Así como tu mano,
 Blanca como la flor del *guayacán*,
 Es la que he visto en la batalla siempre
 Mi sudorosa frente refrescar.

La misma mano blanca
 De mi desnudo pecho separó
 El rayo que arrojaban tus hermanos,
 Más rápido que el vuelo del halcón;

La he visto entre sus dedos
 Romper la flecha que á esconder llegó
 En mis venas el sueño de las sombras,
 Ese pálido sueño del dolor...

.....

Pero... ¡no era la tuya!
 Era otra aquella mano ¿no es verdad?
 ¡Dile al charrúa que esos ojos tuyos
 No son los que en sus sueños ve flotar!

Dile que no es tu raza
 La que vierte esa ténue claridad
 Que en el alma del indio reproduce
 Aquella luz de su extinguido hogar;
 Aquella luz que el astro de los muertos
 Nunca sabrá copiar,
 Más pura que el reir de las mañanas,
 Y el llorar de las tardes, ¡mucho más!

.....
 ¡Oh! nó: tú eres la sombra,
 Tú no vives la vida como yo;
 ¿Por qué has de arrebatarme mis recuerdos
 Y vestirme ante mí de su color?

¡Déjame! ¡No me sigas!
 ¿No sientes? ¿No lo ves?
 ¡El corazón del indio está muy negro!
 ¡Triste como la sombra del *ahué!*

.....

V.

Con movimiento brusco
 Se ha separado de la niña el indio,
 Volviendo la cabeza, cual si huyera
 Temiendo la agresión de un enemigo.

Un eco amargo y triste
 Quedó de Blanca en el absorto oído.
 Tabaré atravesó entre los soldados.
 Ninguno lo detuvo en su camino.

Blanca siguió con pena,
 Con los ojos al indio fugitivo.
 Aquel extraño sér en sí tenía
 La atracción de lo obscuro del abismo.

VI.

En ese estado en que, movida el alma
 Por fuerza superior, en lo infinito
 Medita, sin conciencia de sus actos,
 Como *otro yo* de nuestro sér distinto;

Y conoce los seres del ambiente
 En que vaga desnuda de sentidos,
 Sin traernos, de vuelta de su viaje,
 Nada que de otros mundos nos dé indicios;

Y al despertar la sensación de nuevo,
 Rompe de un sueño el transparente hilo,
 Quedó la niña, hasta que oyó á su espalda
 Que alguien decía: — ¿Qué te hablaba el indio?

— ¿El indio?... nada. ¿En qué estaba pensando?
 ¡Ah! Luz, no te había visto.
 ¿Qué me dijistes?... Ahora lo recuerdo:
 Nada, nada me dijo.

Y agregó Doña Luz: — ¡Pero aquí, hablando
 Lo hemos visto contigo!

Y Blanca: — ¿Sabes, Luz, que ese salvaje
 Amó á su madre? Él mismo me lo ha dicho.

— ¿Y no le temes, Blanca?

— ¡Temerlo! Puede ser. Lo que al oírlo
 Mi espíritu sintió, fué un algo raro,
 Muy semejante al miedo de los niños.

.....



De nuevo se levantan, y prosiguen
 En su danza frenética,
 Y en los cantares bárbaros que entonan
 En torno del cadáver dando vueltas.

Con terror, la mirada
Clavó en su hermana Doña Luz.
— ¿Qué ha visto
O creído advertir en sus pupilas?...
Le aconsejó que huyese de aquel indio.

CANTO CUARTO.

I.

En la limpia armadura
De un grupo de guerreros
Dejaba el sol, al trasponer las lomas,
Su resplandor postrero.

Las flotantes cimeras
De los ferrados yelmos
Al viento de la tarde se agitaban
Con blando movimiento.

Como españoles, bravos,
Como soldados, crédulos,
Siempre el brazo á la lucha apercebido,
Y el alma á las consejas y á los cuentos,

Los del corro escuchaban
A un camarada viejo,
En su adarga los unos apoyados,
Y sentados los otros en el suelo.

II.

— ¿Dices que es un fantasma
Eso que anda de noche por el pueblo?
— No es otra cosa, á mi sentir: la sombra
De algún cacique muerto.